

## «Origen, progresos y estado actual de toda la literatura».

### IV-V. Filosofía

Fernando Miguel Pérez Herranz. Universidad de Alicante

Tras pedir indulgencia a los lectores por la audacia que requiere una empresa tan amplia como la de exponer el origen, los progresos y el estado nada menos que de las Ciencias Naturales —Matemáticas, Mecánica, Hidrostática, Náutica, Acústica, Óptica, Astronomía, Física, Química, Botánica, Historia natural, Anatomía y Medicina; Filosofía racional, Filosofía moral, Jurisprudencia—, Juan Andrés (JA, en adelante) entiende que es una obra necesaria tanto por su utilidad como por carecerse de algo parecido, y que puede presentarse como un bosquejo a partir del cual podrán los doctos —*especialistas*, se llamarán en el siguiente siglo— alcanzar una obra más completa y perfecta. Comenzaré por la Filosofía, porque me parece muy relevante para entender mejor la posición de JA respecto de la Física, la ciencia privilegiada en la modernidad.

319

Mayo-Junio  
2018

#### *Filosofía*

JA divide la Filosofía en dos amplios apartados: Filosofía contemplativa o racional y Filosofía moral. La primera tiene el mismo objeto que la Física: la Naturaleza toda, Dios, los hombres, los cielos y la tierra. Mas el saber filosófico, a diferencia del físico, se encuentra fundado en la razón y no en observaciones y experiencias; de modo que su extensión queda enmarcada por la Metafísica y la Lógica. La Filosofía moral, por su parte, incluye la Jurisprudencia, una característica muy llamativa, porque puede considerarse como la *moral de las naciones*, un tema que, como hemos indicado en la Introducción, era muy propio de la época.

## FILOSOFÍA NATURAL

JA, que se remite a la *Historia de la Filosofía* de Johann Jacob Brucker,<sup>1</sup> comienza con la filosofía de los pueblos antiguos, que no pasaría de ser un conjunto de opiniones religiosas acerca de Dios, narradas en Cosmogonías y Teogonías, y que habrían inspirado a los celebrados poetas griegos Orfeo, Lino, Meseo, Hesíodo u Homero. Para clasificar aquella Teología primitiva, utiliza el criterio de Varrón: «fabulosa; predicada por los poetas; política o civil; de los legisladores; y natural», característica de la conocida ahora como Filosofía, *stricto sensu*.

El honor de ser el primer filósofo recae, como se hace aún hoy día, en Tales de Mileto (c. 624-546), porque establece un principio real y físico, el *agua*, dado que en su concepto (del agua) se forman todas las cosas. (V, 348) Y, aunque no dejara escritos a la posteridad, fundó la escuela milesia, que es un «glorioso monumento del crédito de Tales», o lo que es igual, un saber realizado desde la perspectiva institucional. El siguiente filósofo, que se encuentra a su misma altura intelectual, es Pitágoras (c. 585-497), fundador igualmente de otra escuela, la eleática, poseedor de un verdadero saber universal y a quien iban a escuchar "oyentes de ambos sexos y de varias naciones". De Demócrito dice JA que es quien mejor conoció la física de su tiempo, pero matiza: "prescindiéndonos de su sistema atomístico", (V, 351) opinión muy relevante para su valoración de Galileo y del problema de la Transubstanciación. ☞ Estos filósofos, que hoy incluimos bajo la rúbrica de «los presocráticos», fueron las fuentes de las que bebieron los posteriores filósofos antiguos y modernos.

JA muestra aquí ya su METODO COMPARATISTA entre los filósofos antiguos y sus contemporáneos, si recordamos que una de las cuestiones nucleares de aquella época concernía al ataque ontológico de los creyentes a los materialistas y libertinos que

---

<sup>1</sup> La historia de la filosofía, en el sentido moderno, se inicia con los *Acta eruditorum* (Leipzig, 1682), que desarrolla el concepto de *continuidad* de Leibniz, y vincula pasado, presente y futuro.<sup>1</sup> La obra de Chr. A. Heumann, *Acta philosophorum* (1715) sigue el esquema del continuismo en filosofía y se considera la obra que marca el paso a la historia consciente de sí: método, leyes y utilidad de la historia de la filosofía. J. J. Brucker, otro seguidor leibniziano, en *Historia critica philosophiae a mundi incunabilis ad nostram usque aetatem deducta*, 5 vols. (1742-1767), considerada por algunos como la auténtica fundación de la disciplina, tiene como objetivo dar a conocer los caracteres que distinguen una filosofía verdadera de una filosofía falsa, a la vez que muestra el tortuoso proceso para alcanzar el conocimiento de la verdad y de la felicidad. Cf. F. M. Pérez Herranz, "Historiografía e Historia de la Filosofía", en Pedro Aullón de Haro (coord.), *Historiografía y teoría de la historia del pensamiento, la literatura y el arte*, Madrid, Dykinson, 2015, pp. 145-192.

negaban la realidad misma de la divinidad. JA, en todo caso, encuentra en los planteamientos de los primeros filósofos una crítica no tanto a Dios como a la religión popular; y destaca que, a pesar de explicar el mundo desde la razón y sin necesidad de recurrir a causa sobrenaturales, admitían indirectamente la existencia de un Ser superior; y sin olvidar tampoco los vínculos de las especulaciones metafísicas de los filósofos con la ética que regula la conducta de los hombres o con la lógica, la estructura propia de la razón. JA ensalza a Arquélao (s. V aC), que transfirió a Atenas la Escuela de Mileto e introdujo el talento de filosofar haciendo florecer la época más ilustre de la antigua filosofía; a Sócrates (c. 470-399), que enfrentó el recto pensar ante la algarabía sofista y dio origen a múltiples escuelas; a Platón (c. 427-347), figura privilegiada, resultado de una vida dedicada al saber y a la virtud, ya desde su juvenil aprendizaje en la palestra de Aristón: su preparación musical; su estudio de las matemáticas con Teodoro de Cirene; su relación con los filósofos Cratilo y Hermógenes; su aprendizaje al lado de Sócrates; su dedicación a la Dialéctica con Euclides de Megara. Una obra que también fue resultado de sus viajes para conocer la filosofía pitagórica con Arquitas, Timeo o Filolao; y de su viaje por Egipto para adquirir la sabiduría que solo conocían los sacerdotes de aquel mítico imperio. Y todos esos saberes no quedaron en los arcanos secretos de su mente, sino que fundó la Academia que lleva su nombre para esparcir tan intensas y extensas sabidurías, síntesis del saber de la época que se explicaba en las escuelas de Grecia, Italia, Egipto y Asia. En la Academia se daban lecciones de las ciencias, desde las matemáticas a la física, desde la lógica a la gramática, desde la moral a la política. Ahora bien, Platón se encontraría en la línea bisagra en la que aún la filosofía, más oral que escrita, conducía a la elocuencia y al giro poético, y no tanto al tratado dirigido hacia la instrucción del lector.

### *Adversus Aristóteles*

La labor filosófica sería conducida a su más alto grado por Aristóteles (c. 384-322), el más brillante de los discípulos platónicos, a quien JA reconoce como "el más docto y profundo y estoy por decir el único verdadero filósofo de la antigüedad". (V, 362) Nuestro jesuita destaca la pasión del estagirita por los libros y alaba la Biblioteca

que formó y que sirvió de ejemplo a los Tolomeo / Ptolomeo I Sóter y Ptolomeo II Filadelfo (s. III aC) para ordenar la Biblioteca de Alejandría. JA no deja de establecer una comparación irónica con su propia época, al alabar la curiosidad por aprender de Platón y de Aristóteles —que asisten a lecciones aun en su madurez—: "Así los antiguos tenían Platones y Aristóteles y nosotros debemos sufrir a enfadadísimos sabidillos e ignorantes doctores". (V, 363) Aristóteles formó un curso completo y acabado de toda la Filosofía, que ya no fue presentando en agradables diálogos, sino en rigurosos tratados y con argumentos filosóficos expuestos con plenitud didascálica. Si todos sus antecesores han presentado bosquejos del Arte de Pensar, Aristóteles ha construido el verdadero Pensamiento.<sup>2</sup>

Ahora bien, JA no se deja arrastrar por el elogio hiperbólico, y, de inmediato, humaniza al estagirita. En las obras de Aristóteles se encuentran defectos y errores.<sup>3</sup> Y destaca —al menos así lo considero— el hilo conductor de gran parte de toda la polémica del saber del siglo XVII: el atomismo vinculado a la Eucaristía y su superación por la mecánica clásica. JA fija el asunto: el inmenso ingenio de Aristóteles fue seducido por "razones metafísicas e inútiles especulaciones" y, en vez de investigar los hechos y observarlos con atención, se eleva hacia el estudio de las últimas causas y al establecimiento de los conocimientos más generales. Es la misma crítica que realiza cuando habla de la física aristotélica. (IV, 336) Toda esta parte de la obra, *Filosofía y Ciencias Naturales*, podría valorarse precisamente como una deconstrucción del programa aristotélico, para dar cabida a la nueva ciencia galileana y newtoniana. La reprobación a Aristóteles es bien contundente:

Por lo cual, preocupado de sus mal fundados sistemas y apoyado en conocimientos superficiales y poco seguros, descendiendo después a los hechos, a los fenómenos y a las investigaciones de los particulares, por donde debía haber empezado, no podía dejar de

---

<sup>2</sup> JA muestra bien ese momento de bifurcación del saber: un saber sapiencial, vinculado a la expresión bella, poética, metafórica, inseparable de ejemplos humanos. Y un saber conceptual puro mediante enunciados abstractos, de principios y de reglas lógicas impecables e implacables. De manera que la superación de Aristóteles exige una Lógica tan estricta como la suya.

<sup>3</sup> Nos recuerda la opinión de Ortega sobre Aristóteles: "Aristóteles, en cuanto filósofo, hace mal en enfadarse; pero su enfado repentino nos revela su fondo humano y nos descubre que en él lo humano está mucho más impregnado de lo «colectivo humano» que en Platón. En suma: que Aristóteles era muy «hombre del pueblo»". *Obras Completas*, t. VIII, p. 204.

comunicarles sus preocupaciones, dar inconcluyentes explicaciones y esparcir doctrinas a veces falsas y erróneas y casi siempre inciertas e insubsistentes. (V, 367)

Continúa JA repasando la filosofía que nace en Asia, se expande por la Magna Grecia y Sicilia, se asienta en Atenas, "luzbrera de toda la docta Europa", se desplazada a la Alejandría de los Tolomeos, "émula de Atenas", y llega a Roma, en donde la filosofía se cultiva con más éxito en el terreno de la moral que en el de la naturaleza, y en donde se recogen pasivamente las sentencias de los antiguos en vez de hacer crecer nuevas ideas y, *a fortiori*, un nuevo cuerpo filosófico. Señalemos la diferencia.

Alejandría recibió la filosofía ateniense con la naturalidad de quienes se reconocen en ella, si es cierto que los pitagóricos y el mismo Platón se habían inspirado en las tradiciones egipcias. JA ha de admitir incluso la conexión de Zenón de Citium, el estoico, con los egipcios.<sup>4</sup> En este clima filosófico se cruza con el filosofar de los hebreos y señala al célebre Filón de Alejandría, hebreo alejandrino, que, "animado de aquel espíritu casi general de filosofar, escribió obras en las cuales de tal modo acomodaba la doctrina de Moisés a la filosofía de Platón, que decían verse en ellas o Moisés que platonizaba o Platón que mosaicaba". (V, 402)

Roma, por su parte, fue poco condescendiente con los filósofos. Los emperadores flavios Vespasiano (9-79), primero, y Domiciano (51-96), después, carecieron de una mínima generosidad con los filósofos, a los que desterraron de la capital del imperio. JA se detiene un momento para matizar aquel despiadado decreto, que, sin embargo, justifica a causa de la soberbia y la jactancia de muchos filósofos que eran merecedores de odio y desprecio por sus ataques a la Religión y a la Humanidad, una situación, paradójicamente, similar a la que viven él mismo y sus compañeros de Orden, atacados por ese mismo tipo de filósofo engreído e insolente. Porque, como recuerda el ex jesuita, también Pablo y los Santos Padres de la Iglesia advirtieron ya en contra de los filósofos, gente nociva y malvada.<sup>5</sup> Solo dos grandes pensadores se salvan de estos calificativos, que, además, nunca hicieron profesión

<sup>4</sup> Hoy conocemos su conexión con el mundo semita. Cf. M. Pohlenz, "Stoa und Semitismus", 1926, y sus continuadores: Bevan, 1927, G. Kilb, 1939, o Hans von Arnim, *Stoicorum veterum fragmenta*.

<sup>5</sup> Ya hemos hecho referencia a este aspecto «maligno» que puede comportar la Filosofía. Cfr. F. M. Pérez Herranz, "Filosofía e instituciones educativas. El papel de la «filosofía escolar» en los inicios del siglo XXI", *Eikasía*, 71 (2016), pp. 9-56.

pública de filósofos: el sutil y agudo Séneca (4 aC-65) y el erudito y moderado Plutarco (46-120). JA no parece tener demasiada estima por las sectas filosóficas helenísticas preocupadas en seducir a los oyentes mediante argumentos ingeniosos, en vez de dedicarse a su instrucción y a la búsqueda de la verdad. Y concluye con los eclécticos que trataban de conciliar el platonismo y el aristotelismo y aun lo mezclaban con opiniones supersticiosas orientales, en las escuelas de Potamón y Amonio Sacras. De este caldo de cultivo saldrá la gran obra de Plotino (204-270), insatisfecho con esa filosofía tan acomodaticia. Y tal fue el alcance de su pensamiento que, elogiado y admirado, se convirtió en "norma de pensar, hablar y escribir". Nuestro autor, en todo caso, no parece que haya disfrutado demasiado de la lectura de sus *Enneadas* o *Novenarios*, porque —se sincera— "la mayor parte se ha escapado a mi inteligencia (...) Es cierto que él emprende tratar nobles e importantes materias tanto físicas como morales, pero en las unas y en las otras mete una tal jerigonza de ideas enredadas y abstractas, de expresiones oscuras y faltas de sentido, de teúrgicas y pneumatúrgicas teorías, de vana y batológica [injustificada] metafísica, que poco o nada se puede aprender de sólido y verdadero". (V, 410) De manera tan elegante como sutil, dice no hallar en Plotino un «espinosista» *avant la lettre*, sino un narrador muy oscuro de "las verdaderas y sencillas palabras de san Pablo" ("cuando decía querer ser separado del cuerpo y unido a Cristo") parafraseadas con algunas verdades pitagórico-platónicas. De sus discípulos y sucesores (Porfirio, Jámblico...), únicamente resalta la figura de Proclo (412-485),<sup>6</sup> en cuyos escritos se encuentra más solidez y claridad que en los del propio Plotino, seguramente —apostilla— porque habría tomado mucho de las verdades cristianas en sus lecturas de Dionisio Areopagita (s. I). La conclusión de JA es que la filosofía durante aquellos siglos había decaído y preparado la rusticidad y la barbarie de los siguientes, hasta llegar a los caprichos y a las cavilaciones de los escolásticos. Mediante una pregunta retórica vincula la filosofía alejandrina y la escolástica:

¿Y qué otra cosa eran aquellas estrepitosas contiendas de los escolásticos sobre los universales, sino los argumentos y los tratados de Porfirio en su introducción a los cinco predicables de Aristóteles? (V, 417)

---

<sup>6</sup> Hay una excelente edición y traducción muy reciente de algunas obras de Proclo por J. M. García Valverde: *Elementos de teología. Sobre la providencia, el destino y el mal*, Madrid, Trotta, 2017.

Pasa entonces JA a ocuparse de Aristóteles y de sus comentadores alejandrinos que adquieren crédito también entre los cristianos: Temistio (317-388) entre los griegos y Boecio (480-524) entre los latinos. Pero la filosofía estaba en decadencia y buena muestra son las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla (560-636). En este paupérrimo estado de cosas se encontraba el saber, cuando irrumpen los *árabes* que, si bien en un primer momento extinguen la filosofía y la literatura de los griegos, rápidamente reaccionan, se arrepienten y salvaguardan o tutelan su estudio. La filosofía no hace progresos hasta Alkindi / al-Kindī (c800-870), el filósofo por antonomasia de los árabes, que habría entendido el papel necesario que juegan las matemáticas para adentrarse en el conocimiento de la filosofía; aunque, lamentablemente, seducida por la moda de aquellos tiempos, se enredó con la dialéctica y la lógica aristotélica, con sus predicamentos y sus universales, en vez de recomendar simplemente el estudio de las matemáticas para la adquisición de la filosofía.

También Alfarabí /al-Fārābī (c870-950), tenido por el príncipe de los filósofos, se perdió por las cautivadoras sutilezas metafísicas y por las persuasivas cavilaciones dialécticas y poco dejó escrito sobre filosofía. De manera que los filósofos árabes, incluido Avicena / Ibn Sinā (c980-1037), en vez de cultivar la verdadera filosofía, se perdieron por entre la maleza de la dialéctica y de la física aristotélicas: lógicas, introducciones a la lógica, compendios de lógica, ilaciones de silogismos, tratados sobre categorías, proposiciones y definiciones, etc. En resumen: «comentarios sobre comentarios» (Abu-Beker el comentador de los 'comentarios' de Alfarabi, etc.). JA, inspirado explícitamente en Luis Vives (*De causis corruptarum artium*, Libro V), critica toda esta manera de filosofar, aunque se salven algunos filósofos que extrajeron de esos libros el impulso necesario para internarse por la verdadera filosofía. En Grecia también se adoptaban las mismas pautas de los comentarios, de las argucias dialécticas y argumentativas que metamorfoseaban a los filósofos en "monstruosos bufones de corte" para diversión de príncipes y reyes, que gustaban de oír disputar a los filósofos y "batirse mutuamente con las flecas de los silogismos". (V, 424)

En Occidente no había aún esa ambición por distinguirse en el saber de la filosofía, quizá por la entrada del cristianismo en el mundo de los libros, más

centrados en las Enciclopedias de la época: las de Marciano Capella, Casiodoro, Isidoro o Alcuino, recolectores de los saberes de su tiempo; o en las célebres Siete Artes Liberales, a las que habría de añadirse la Medicina o las Leyes. La filosofía discurría por los libros de Agustín y de Boecio. JA lamenta que no se conformaran con esa superficialidad respecto de la filosofía y que se hubieran aplicado más a la filología que al concepto; mas, al igual que en Oriente, cuando fueron movidos también por la vanidad de distinguirse de los demás (obsérvese la reducción psicologista) condujo a los filósofos "a mover sutiles cuestiones, a buscar la fama en difíciles agudezas y en laboriosas e intrincadas ineptias". A estas argumentaciones sofisticadas las llama JA *gualídicas* por ser introducidas en las escuelas por Gualon. (V, 425)

Y así se eleva en vano el edificio de la escolástica, engolfada con la naturaleza de los universales, el famoso paladión por el que se levantaban en armas todos los filósofos: Roscelino, Abelardo, Guillermo de Ocam o Guillermo de Champeaux. JA, por una parte, critica toda esa palabrería de las escuelas; mas, por otra, advierte una cuestión esencial: todas estas discusiones que ocurren en Francia, Inglaterra o Alemania están al margen de las desconocidas obras de los árabes y se apoyan en unas pocas obras conocidas por Boecio. Es en ese momento desventurado para el saber de los europeos, cuando comparecen las obras de los árabes por dos rutas principales: la ruta de Sicilia, en la corte del emperador Federico II / Federico Hohenstaufen (1194-1250), protector de grandes eruditos, desde Adelardo de Goto a Miguel Escoto; y la ruta de Hispania, en la corte de su sobrino Alfonso X el Sabio (1221-1284), protector de los sabios traductores de Toledo. JA advierte que el aristotelismo siempre había sido mirado con abominación y desprecio por los padres de la Iglesia: Justino, Gregorio Nacianceno, Lactancio, Ambrosio..., que tenían a Aristóteles por la fuente de la que manaban todas las herejías: arrianos, nestorianos, sabelitas... La empresa de expurgación de los libros aristotélicos iniciada por Gregorio XI (r. 1370-1378) llega ¡hasta Feijoo! De manera que el papado en vez de prohibir las obras aristotélicas tuvo la perspicacia de hacerlas legibles para los cristianos; éste fue el encargo que recibió del papado el polifacético sabio Alberto Magno (c. 1206-1280) y que transfirió a su discípulo más sobresaliente, Tomás de Aquino (1225-1274); ambos "quitaron los errores de su autor y de los comentadores

gentiles y musulmanes y las hicieron cristianas". (V, 428) El Aquinate transformó los agresivos ingenios paganos en armas para el apoyo y la defensa de la verdad católica, aunque el resultado de aquella colosal obra, y a su pesar, diera un mayor estímulo e impulso a la escolástica. A partir del Aquinate aumentaron las precisiones y las distinciones. La sutileza de Duns Escoto (1266-1308), las sùmulas lógicas de Pedro Hispano (s. XIII) o el nominalismo de Guillermo de Occam (1285-1349) formaron las sectas escolásticas en las que predominaban los tomistas entre los dominicos y los escotistas entre los franciscanos. Los jesuitas, a los que perteneció JA, promovieron una tercera vía según la exposición de Francisco Suárez (1548-1617), que tampoco parece gozar de mucho crédito:

¿Cómo podían oírse sin estremecimiento tantas cuestiones sobre la materia y la forma, si la materia existe por la existencia de la forma, si apeetece las formas corrompidas y otras semejantes, sobre el posible y el imposible, sobre las quimeras, sobre los entes de razón, o de razón racionante, o de razón racionada, sobre las causas, si pueden obrar antes de existir...? (V, 431)

Pero entre estos estudios, pueden destacarse algunos que supieron contemplar a la filosofía por su mejor cara. Menciona a Juan de Salisbury, a Alberto Magno, a Roger Bacon, a Raimundo Lulio y, sobre todo, a Petrarca. Pero antes de seguir nos detendremos por un instante en Vicente Bellovacensis / Vincent de Beauvais (c. 1190-1267)], autor de *Speculum Majus*, una enciclopedia que aprovecha JA para cuestionar la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, "superficial y llena de errores, de filosofía poco profunda y de erudición mal segura, cual cabalmente lo es en muchos artículos la moderna Enciclopedia, pero voluminosa, vasta y atrevida como la misma". (V, 432) Con Petrarca se abandona el género *comentario de los comentarios* y los estudiosos se encaminan hacia las *fuentes*. La operación prioritaria, ahora, es la traducción de los libros escritos en la Grecia antigua, incluidos los de Aristóteles, que han de ser vertidos en una culta y legible latinidad, lejos del estilo bárbaro utilizado por los escolásticos. Y entonces se inicia una espléndida batalla por las ideas: unos en defensa de Platón —de Gemisto Pletón a Bessarion—, y otros en defensa de Aristóteles —de Escolario y Teodoro Gaza a Trebizonda—. La filosofía se sacude el yugo peripatético y dirige su entusiasmo hacia Platón, cristalizado en la Academia

platónica con Marcelo Ficino, su *alma mater*, a la cabeza. Y muchos de aquellos sucesores de Francesco Petrarca (1304-1374), ya sin recato alguno, declaman directamente contra los estudios escolásticos, entre los que se ha de mencionar a Luis Vives (1493-1534) y a Petrus Ramus / Pierre de la Ramée (1515-1572), que buscaban construir un sistema de filosofía propio. JA observa con cautela que eran hombres muy inquietos, si bien impacientes, y que era necesario observar, meditar, reflexionar, confrontar, examinar, pensar, fijar los hechos, establecer algunas verdades, combinar unas con otras, mirar todas las cosas con ojos críticos, pesarlas con severo e ilustrado juicio y después formar un sistema. El entendimiento que realizó algo así, dice JA, fue Galileo Galilei (1564-1642), el único que tenía los conocimientos necesarios tanto matemáticos como filosóficos para llevar aquella empresa a buen puerto. Galileo "elevó la Física al grado de una ciencia realmente nueva; y éste es el gran paso que dio para la reforma de la filosofía" (V, 439), resume JA. Es ésta justamente la ventaja de la filosofía moderna sobre la antigua: el mejoramiento de la física. ☞

### *Contraposición del sistema filosófico de Aristóteles*

328

Mayo-Junio  
2018

Así pues, una vez neutralizada la *Metafísica* de Aristóteles, se requería la construcción de un nuevo sistema de pensamiento, de una nueva filosofía. JA considera que para realizar esa obra era necesario un avance significativo en las matemáticas, y esa operación ya la habían llevado a buen puerto algebristas italianos como Vieta / François Viète (1540- 1603). Otros muchos pensadores, como Peirsec, Mersenne, Gassendi o Fermat filosofaban con un gusto muy diferente al peripatético. En medio de ellos, René Descartes (1596-1650) muda la faz de la filosofía y desencadena una revolución en el espíritu humano, al saber colocarse en una posición de indiferencia y duda universal para, a partir de ahí, acceder solo a las verdades evidentes e indubitables: las verdades matemáticas, la propia existencia y la existencia de Dios (fijémonos en que la *existencia de Dios* va en tercer lugar en la serie explicitada por JA, tras las matemáticas y la existencia del yo), que se convertirían así en los primeros escalones hacia una teoría científica del movimiento y del orden del

universo, por lo que tiene el honor de "haber dado principio a una nueva época de la filosofía". (V, 443)

Además de los dos grandes iniciadores del saber moderno, Galileo y Descartes, merece también especial reconocimiento el impugnador de la filosofía escolástica, Gassendi / Pierre Gassendi (1592-1655), que acometió una operación paralela a la del Aquinate: si éste cristianizó a Aristóteles, aquel cristianizó a Epicuro e integró el atomismo para el saber normalizado de la época. A partir de Gassendi, la filosofía corpuscular y mecánica pudo reinar en las escuelas sin desconfianzas ni animosidades.

En Inglaterra, y de forma paralela, continuaron los nuevos caminos antiaristotélicos: Francis Bacon (1561-1626), Cudworth / Ralph Curdworth (1617-1688) o Hobbes / Thomas Hobbes (1588-1679); y toda la obra científica de Isaac Newton y la filosófica de John Locke (1632-1704) con su decisivo estudio de la formación de nuestro conocimiento, "padre de la Metafísica experimental", en palabras de JA. Los *Ensayos* de Locke fueron impugnados por el germano Leibniz / Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), científico de la misma talla que Newton, que ofició de excelente filósofo, y que con su saber enciclopédico supo confrontar todo el saber anterior, purgarlo y clarificarlo. Al sistematizar todos los saberes de la época: jurisprudencia, teología, filología, gramática, matemáticas..., el sajón ocupa legítimamente la posición de filósofo universal (en el que seguramente se miraría el propio JA). Muchos fueron los sucesores de Leibniz: Wolff / Christian Wolff (1679-1754), que amplió e ilustró la obra de Leibniz, Madame de Châtelet, Boscovich o Bonnet. Y estallaron enormes contiendas metafísicas entre leibnizianos y newtonianos. La disputa entre Leibniz y el newtoniano Clarke / Samuel Clarke (1675-1729), en la que intervino con una teoría muy elegante y novedosa el obispo George Berkeley, resultó muy fértil. Leibniz también hubo de confrontar sus posiciones ante las críticas de erudito Boyle / Robert Boyle (1627-1691), demasiado intemperante, puntilloso y experto en fingir enemigos con los que querellarse. El punto débil de Leibniz, la teoría de la «armonía preestablecida», era el lugar por el que pasaban todas las críticas. En cualquier caso, JA reconoce en Descartes y Leibniz los filósofos que hacen progresar la filosofía.

Continúa JA con la mención de los filósofos *irreligiosos* Giordano Bruno (1548-1600) y Vanini / Lucilio Vanini / Giulio Cesare Vanini (1585-1619), hombres mediocres que solo buscaban la fama por sus ataques a la religión. De mayor calidad son los trabajos de Hobbes y de Spinoza / Baruch Spinoza (1632-1667), rechazados también por su postura irreligiosa. El sefardí es para JA, "apóstata de los hebreos, que vivió entre los cristianos si haber llegado a serlo ni tampoco haber abrazado otra alguna religión". Y asimismo son repudiados Collins, Toland o Boyle, por sus combates antirreligiosos. Tras este último ha crecido exponencialmente el furor contra la religión: La Mettrie, Helvetius y "una chusma de libres e inconsiderados escritores" sobre los que reinan los máximos "espíritus corrompidos" Diderot, Rousseau y Voltaire. (V, 457)

Al segmento moderado y religioso de la época pertenece la Academia de Berlín, cuyo origen se debe a Leibniz, el centro de la filosofía de su tiempo y la que ha generado grandes talentos científicos que se adentran en la filosofía como Maupertuis, Euler o Boscovich (ilustrado por el docto español Gil). En Italia reconoce la labor de Vico, pero, sobre todo, la de Genovesi. En Francia, las de Condillac y D'Alembert, a quien admira y contrapone al ruin Diderot. En Escocia, recuerda a Hume. Y, en fin, el gran pensador de aquellos días en que escribe JA sería Bonnet / Charles Bonnet (1720-1793), "el gran pensador y el sumo filósofo de nuestros días", el único digno de ponerse a la altura de Locke y Condillac.

JA tiene, en conclusión, una concepción ilustrada de la Filosofía; por una parte el vínculo de la filosofía con las ciencias; por otra, una filosofía degenerada a causa de las disputas internas de los filósofos, engolfados en vanas especulaciones, sin preocuparse por la adquisición de nuevos conocimientos, y que no resuelven cuestión alguna. Esa manera de ejercer la filosofía ha constituido una enorme rémora para la búsqueda de la verdad mediante observaciones y ha detenido el curso del espíritu humano, en vez de hacerlo progresar, como habría de ser su obligación.

NOTA: No puede dejar de sorprendernos, una vez más, que en una Enciclopedia de esta naturaleza, tan extensa como abarcadora, no se haya mencionado ningún nombre español de la época moderna (excepto el tal Gil, seguidor de Boscovich). Esta es la cuestión que nos ha llamado siempre la atención,

una extensión de la pregunta retórica de Masson de Morvilliers (cf. la Introducción): ¿Cómo es que el imperio español no ha participado en la revolución filosófica? Solo aparecen Jorge Juan y Antonio de Ulloa, pero ya no en el contexto de la investigación científica, sino en los debates posteriores, en la elección de los modelos cartesiano / newtoniano. Sin embargo, como se verá en lo que sigue, sí menciona representantes españoles en Filosofía Moral: Baltasar Gracián, Antonio Codorniú, Andrés Piquer, Gregorio Mayans o Diego de Covarrubias.

#### FILOSOFÍA MORAL

Hemos visto cómo JA ha presentado la filosofía, *actu signatio*, en sus tres dimensiones tradicionales: *ontología* y *epistemología*, los ejes coordinados de la Filosofía Natural, y *ética* o *filosofía moral*, que se aplica a la praxis de los seres humanos tomados como una totalidad: *la ciencia de todos los hombres*. Pero la Ética contiene un apartado, la Jurisprudencia, que se aplica a la praxis de los seres humanos tomados como partes, como sujetos que forman una nación: *la moral de las naciones*.

Los primeros documentos de doctrina moral proceden de Oriente, "no conociendo otros escritos éticos más antiguos" que la Sagrada Escritura. Confucio, los indios o los sabios de Grecia compusieron un honesto tejido de máximas y preceptos. Si, según el propio Aristóteles, se reconoce a Pitágoras como el primer filósofo de la virtud, es a Sócrates a quien hay que conceder la prioridad en filosofía moral. El ateniense aplica la filosofía no tanto sobre la *physis* o naturaleza como sobre la conducta de la vida cotidiana. El foro de Sócrates no es la escuela milesia, sino las calles y plazas de la ciudad, y sus temas, aquellos que ocupan a sus conciudadanos, habitantes de las polis: la veneración de los dioses, el gobierno de la ciudad o el mando de los ejércitos.<sup>7</sup> Los seguidores de Sócrates fueron muchos y dieron ese giro espectacular que va de los sofistas a los moralistas (JA se remite a la historia de la filosofía ya mencionada de J. J. Brucker para los detalles). Es en este gran caldo de cultivo social donde nace el Platón moralista que aparece de manera especialísima en

---

<sup>7</sup> "No me lo tomes a mal, buen amigo. Me gusta aprender. Y el caso es que los campos y los árboles no quieren enseñarme nada; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad". (*Fedro*, 230d)

sus libros *La República* y *Las Leyes*. Platón es alabado porque, entre tantas disquisiciones y argumentaciones, nunca ridiculizó las cosas religiosas y divinas ni promovió máximas licenciosas.

Aristóteles, más filósofo que Platón como queda dicho, escribe tratados metódicos y sistemáticos. Parte de los primeros principios de la moral, y examina las virtudes y los vicios para lograr la verdadera felicidad (*eudaimonía*). Y, por encima de Platón, que defiende la comunidad de bienes y aun de mujeres, Aristóteles destaca la naturaleza civil y sociable del ser humano y la necesidad de la propiedad. JA compara la *Ética* de Aristóteles con los escritos morales de su tiempo, y observa que no es fácil encontrar una obra que se encuentre a su altura intelectual, en contraste con la opinión sobre la Metafísica que ya hemos mencionado. Tras Platón, Aristóteles y su discípulo Teofrasto, la filosofía se entrega a interminables contiendas, y pierden consistencia y valor. Así ocurre entre los estoicos y los epicúreos, poco apreciados por JA, que andan excitados siempre por el amor a las sutilezas y por el deseo de disputar de las cosas más frívolas y banales en vez de ocuparse de instruir a los hombres. Aunque es de justicia señalar que salva a Epicuro de la mala fama que arrastra, acusado de asociar deleite con deshonor e infamia. También aprueba la doctrina de los *oficios* o las obligaciones del hombre; e incluso valora como época gloriosa de la *Ética* antigua a los griegos Plutarco, Epicteto y Antonino, y a los romanos Séneca y Cicerón, a quien coloca en el mismo nivel que Platón.

La irrupción del cristianismo induce un giro significativo en la filosofía moral, que se deslizaba hacia la metafísica y la teología natural en pensadores como Plotino o Máximo de Tiro. El cristianismo, predicado por Jesús y sus discípulos, no deja a los hombres abandonados a sus solas fuerzas, pues, asistidos por la Gracia, se elevan sobre sí mismos y son conducidos hacia la virtud sobrenatural. (V, 484) Lo que se propone ahora a las acciones humanas ni es una mera conformidad con la naturaleza ni un simple conocimiento de la virtud, sino Dios mismo. JA se aleja de las opiniones de los historiadores de la filosofía que muestran absurda esta moral ilustrada por los Santos Padres. En todo caso, al poseer una dignidad mayor que la filosófica, ya no examina esta moral cristiana y prosigue con la filosofía ética terrenal.

Pasa JA a los libros místicos y ascéticos de los árabes sobre las virtudes y los vicios o el retiro del mundo y aprecia el método expositivo que aplican en moral al conjuntar sabiamente proverbios, sentencias y apotegmas, frente a la rigidez lógico-abstracta de los escolásticos. De ahí los títulos de los libros más relevantes: *Proverbios de la sabiduría*, *Preceptos de la Sabiduría*, *Mil apotegmas...* Libros que los modernos han sabido reunir —y cita a Erpenius, a Galland y a la Biblioteca árabe-hispana de Miguel Casiri (1710-1791)—<sup>8</sup> y que encuentra llenos de sentido y de sana razón.

Los seguidores escolásticos de los árabes en vez de continuar esta línea de praxis moral optaron por incorporarla a la teología, y los teólogos han tratado a la moral fuera del territorio estricto de la filosofía. Esta deriva es cortada de raíz por el siempre enaltecido Petrarca / Francesco Petrarca (1304-1374), que presenta los argumentos morales sin las espinas escolásticas, con elocuencia y erudición. Petrarca sirve de estímulo a muchos otros: Lorenzo Aretino, Ángelo Poliziano o Marcelo Ficino, aunque, infelizmente, terminaron ejerciendo la elocuencia más que buscando la verdad.

JA se interesa por la audacia y la libertad que muestra Michel Montaigne (1533-1592), a pesar de que el francés quedó envarado por su escepticismo y aun por su cínica desvergüenza e irreligiosidad. También, por el libertino erudito Charron / Pierre Charron (1541-1603) a quien engrandecería, si hubiera hablado con mayor respecto de la religión. La fama de aquellos hombres se oscurece, ensombrecida por la impresionante obra del irreligioso Maquiavelo (1469-1527), a quien no deja de conceder un asombroso conocimiento de los hombres, de los negocios públicos y de los artificios del gobierno, aunque deplora que se fijara más en el interés y la ambición del príncipe que en el bien de los estados. Justo Lipsio (1547-1606), tan fundamental para el pensamiento español del Barroco, abre la vía de los estoicos, ante los numerosos seguidores de Platón, Aristóteles o Cicerón. Pero hasta aquí la filosofía moral no había sido capaz de romper las divisorias impuestas por los antiguos, a pesar de que algunos lo intentaron sin demasiado éxito. Francis Bacon no encontró filósofos que pusieran en práctica sus planes para elevar «la dignidad de la moral». René Descartes, si nos detenemos en sus cartas a la princesa Isabel de Bohemia, quizá

---

<sup>8</sup> Cf. Isaac Donoso, "El arabismo de Juan Andrés", en Pero Aullón de Haro y Jesús García Gabaldón (eds), *Juan Andrés y la Escuela Universalista española*, Universidad Complutense de Madrid, 2017, pp. 165-178.

lo hubiera conseguido, pero su muerte prematura truncó el esfuerzo. Tampoco lo consiguió Hobbes, corruptor de las nuevas verdades. Ni Hugo Grocio que, sin embargo, donó abundantes y útiles frutos en el terreno de la Jurisprudencia. Y en este relato nos sorprende gratamente que recupere a Baltasar Gracián (1601-1658), que presenta el estudio de la moral de manera muy amena tanto en su celebradísimo *Criticón* como en otros tratados morales, *El Héroe* o *El Discreto*. Gracián es profundo conocedor del hombre, aunque a menudo resulte artificioso y oscuro. Traducido a varias lenguas, el *Criticón* fue acogido en Francia y excitó allí el ingenio para tratar la moralidad: del duque de La Rochefoucauld con sus *Máximas morales*, estudio penetrante en el fondo del espíritu humano; de La Bruyère con su *Los caracteres*, tan sagaz para entrar en los más profundos secretos del corazón. En todas las naciones los escritores se empeñan en promover obras morales para la formación de sus lectores nacionales: en Francia; en Inglaterra: Wollaston, Shaftesbury, Bolingbroke; en Italia: Muratori o Zanotti) también en España: Antonio Codorniú,<sup>9</sup> Andrés Piquer o Gregorio Mayans, que "comunican nuevas luces a la filosofía moral". (V, 495) Es muy interesante el giro que se produce en esta época: pues el sujeto moral ya no es ni el ciudadano de las polis ni el cosmopolita del imperio, ni el cristiano, sea formado o contrarreformado, sino el *sujeto nacional*. JA, como ya dijimos en la Introducción, muestra sutilmente cómo la nación ha ido reemplazado al imperio y a la moral universal, por una parte, y a las escuelas, por otro. Sólo en Alemania siguen dirigiéndose los moralistas a los especialistas de la Escuela: Tomasio, Wolff.

Entre los grandes moralistas del siglo XVIII se destaca al barón de Montesquieu (1689-1755) y su *Espíritu de las leyes*. Montesquieu recorre la Historia, las naciones, los gobiernos, saca las consecuencias que eleva a principios generales y prescribe las leyes del gobierno feliz del género humano. La influencia del clima le sirve de fecundo principio para múltiples cuestiones. JA, sin embargo, critica su detenimiento en decenas de pequeños detalles que extrapola a principios generales o resume en pocas líneas lo que exigiría largas discusiones. Pero estas debilidades no obstan para ser considerada una obra merecedora de elogio.

---

<sup>9</sup> Antonio Codorniú (1688-1770), jesuita español expulso, murió en Ferrara. Cercano al círculo intelectual creado por José Finestres en la Universidad de Cervera.

Ahora bien, en este siglo ilustrado y antiescolástico se cruzan lamentablemente esos dos grandes libertinos y corruptores de la humanidad que son Voltaire (1694-1778) y Jean Jacques Rousseau (1712-1778), el primero por la vía de la elegancia y la versatilidad de su estilo; el segundo por el camino de la fuerza y de la vehemencia; aunque ambos confluyen en el mismo punto de llegada: la irreligión y el libertinaje.

JA concluye este apartado mencionando a dos ilustres italianos: Cesare Beccaria (138-1794), autor de *De los delitos y las penas*; y Gaetano Filangieri (1752-1788), que ha realizado una monumental obra y presentado la *ciencia de la legislación*. JA echa en falta algún pensador que eleve la filosofía moral de su tiempo al alto grado de utilidad que se ha de esperar de la guía y maestra de la vida humana y que vincule la moral filosófica con la evangélica, la mundana con la cristiana. Y tras este anhelo, pasamos a la Jurisprudencia.

#### LA JURISPRUDENCIA

De la Filosofía Moral, aplicada a todos los hombres, pasa JA a la Jurisprudencia, la *Ética de las naciones*. Me parece que hemos de resaltar esta distinción para recordatorio de tantos especialistas de nuestro tiempo. JA está utilizando *actu exercitu*, la distinción entre la Ética, que se aplica al individuo regido por un universal distributivo, y la Moral, que se aplica a un grupo de individuos regido por un particular atributivo.<sup>10</sup> Si la Ética es guía y directora de las costumbres de los particulares (de los individuos), la Jurisprudencia "gobierna y regula las

---

<sup>10</sup> La Moral se refiere a estructuras que envuelven a los sujetos corpóreo-individuales, cuyo límite inferior o punto de partida es ya la vida pública y su campo semántico el del formalismo, la autonomía o la justicia atributiva en defensa del grupo. La Ética, por su parte, se refiere al conjunto de principios que controlan la conducta humana en tanto que centrada en el cuerpo individual y su campo semántico será el de la autoestima, la reciprocidad, la solicitud o la justicia distributiva para cada uno. Cfr. Gustavo Bueno, *El sentido de la vida*, Oviedo, Pentalfa, 1996; Alberto Hidalgo en *¿Qué es esa cosa llamada ética?* Esta distinción ha sido marginada gratuitamente por la distinción de la filosofía analítica que define a la Ética como ciencia de la Moral. Éste es también el criterio de Michel Foucault: "Por «moral» entendemos un conjunto de valores y de reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden serlo la familia, las instituciones educativas, las iglesias, etc. (...) Conviene a lo que podríamos llamar la *determinación de la sustancia ética*, es decir, la manera en que el individuo debe dar forma a tal o cual parte de sí mismo como materia principal de su conducta moral". *Historia de la sexualidad II*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 26-27.

naciones". Esta es una distinción interna a la naturaleza de los seres humanos, pues, aunque los hombres tengamos impresas las leyes de la naturaleza en nuestros corazones, los intereses, las pasiones, la arbitrariedad de las interpretaciones y de las aplicaciones de aquellas leyes nos desbordan continuamente. Es esta la razón en la que se fundamenta la necesidad de establecer leyes positivas para la convivencia y la subsistencia que encontramos desde los primeros imperios formados tras el diluvio: Babilonia, Asiria, China o Egipto. El primer cuerpo de leyes conservado fue el código impuesto al pueblo hebreo por Moisés, "la primera fuente de las leyes de todas las naciones cultas" según Enrique Estéfano, un código en el que se encuentran los principios de Derecho Natural y de Gentes, y que permanece en vigor hasta nuestros días. Aparte algunos legisladores míticos, otros dos legisladores han merecido la veneración de la antigüedad: el espartano Licurgo y el ateniense Solón.

Si en la instauración de la Ética los protagonistas fueron los griegos, en la de la Jurisprudencia lo fueron los romanos, ya desde su misma fundación con los edictos públicos que emitió Rómulo al dividir al pueblo de Roma en tres tribus de treinta *curias* cada una y a las que proponía un conjunto de leyes. Aquellas que obtenían un mayor número de votos eran sancionadas por Rómulo, de donde el apodo de *curiatus* (hecho por las *curias*). Numa Pompilio (753-674 aC), sucesor de Rómulo, estableció nuevas leyes y es tenido por el legislador de los romanos. Como, a su pesar, se producían múltiples desórdenes, los legisladores quisieron establecer una Ley justa y enviaron tres legados —Postumio Albo, Manlio y Sulpicius Camerinus— a Grecia para recoger todos los materiales posibles sobre la legislación. Sobre su experiencia y los conocimientos formales que adquirieron, los romanos compusieron las *Leyes de las doce tablas*, modelo para la posterior jurisprudencia y aun para la filosofía. Narra JA las distintas interpretaciones de los legados, quizá meras argucias de los senadores para engañar a la plebe y poner en vigor las leyes romanas, pero nuestro autor se inclina por la honradez de la embajada. Mas, como es inevitable que las leyes siempre se vean desbordadas por la miseria humana, los vicios, los desórdenes y las tiránicas prepotencias de los decenviros llevó a múltiples contiendas hasta que el pontífice Sexto Papirio<sup>11</sup> en la época de Tarquino el Soberbio (r. c. 534-509) formuló

---

<sup>11</sup> Los pontífices eran los encargados de interpretar las normas, constituyendo ellos mismos una fuente decisiva de Derecho.

un código que quería poner fin a toda aquella confusión. No era cuestión fácil, pues los jurisconsultos romanos que debían interpretar y aplicar las leyes a los casos particulares concurrían con frecuencia en sentencias contradictorias y se producían disputas sin fin. Todos estos pareceres constituían el *Derecho Civil* o *derecho recibido*. El punto débil se encontraba en que los jurisconsultos, que al principio eran los patricios, solo se transmitían estos saberes entre sí, de manera que se convertían no solo en intérpretes sino en legisladores mismos. Este saber se hace público a partir de reflexiones sobre las leyes como la obra Tripartita de Sexto Elio: exposición, interpretación y aplicación de la Ley de las Doce Tablas. A partir de aquí, la jurisprudencia adquiere vigor y robustez. JA apela a los juicios de Gregorio Mayans y de Antonio Agustín para aclarar algunos puntos sobre los primeros tiempos de la jurisprudencia romana, desde Catón a Severo Sulpicio, que analiza con rigor toda la materia del Derecho, divisiones y definiciones, reglas y consecuencias. Cicerón, con mentalidad filosófica, pretende un Derecho más sublime y universal. Con Augusto se profesionaliza la labor de los jurisconsultos y los jueces habrían de seguir las opiniones de las personas aprobadas para ese fin. Como es de rigor, pronto aparecieron escuelas con puntos de vista diferentes: si los seguidores de Antistio Labeón eran adictos a las doctrinas antiguas, los seguidores de Ateyo Capitón veneraban todas las novedades. JA repasa diversos aspectos del Derecho romano de aquella época, entre los que se encuentran el gran Papiniano, "asilo del Derecho y tesoro de la Ciencia Legal", y el doctísimo Ulpiano, ambos indiscutibles referencias posteriores del Derecho.

Con la irrupción del cristianismo, algún jurisconsulto como Gregorio o Gregoriano, temiendo que con las nuevas leyes y la derogación de las antiguas cayesen en el olvido las leyes romanas, llevó a cabo una labor enorme de recopilación desde Adriano hasta su tiempo, labor que continuó Hermógenes. Pero los emperadores cristianos necesitaban legislar según principios que desconocía la Roma antigua. Teodosio el Grande (438) convocó a ocho jurisconsultos para establecer un nuevo Código de acuerdo con los nuevos principios cristianos y con el que gobernó el Imperio Romano en Oriente y Occidente. Con Teodorico el Código sirvió también para los godos. Mas, al ser aún insuficiente, Justiniano se dispuso a la enorme tarea de formar un cuerpo completo de legislación a partir del fárrago inmenso de leyes,

edictos, decisiones y libros que pululaban en la época. El trabajo dirigido por Triboniano (c. 500-547) concluyó en el código conocido como *Justiniano*, así como en el *Digesto* (o *Pandectas*), que contenía todas las leyes y constituciones antiguas, y en el *Instituta*, una recopilación de las Instituciones legales. JA hace una defensa de la labor de Triboniano y de su equipo; apela al buen criterio del erudito italiano Gravina; y hace hincapié en el hecho de que en aquel siglo VI la jurisprudencia fue el único saber que había resistido a la corrupción que había afectado tanto a la oratoria como a la poesía, tanto a la medicina como a la filosofía, y había mantenido «el buen gusto».

Aunque escritas estas obras en latín, tuvieron más éxito en Oriente que en el Occidente "ocupado por los bárbaros, que poco caso harían de las leyes del emperador de Occidente". (V, 532) El Derecho de Justiniano estaba vigente con el emperador de Constantinopla Basilio el Macedonio, que publicó el compendio *Prontuario* o *Manual de las leyes*. Su hijo León, llamado *El filósofo*, lo aumentó en las *Ordenaciones basilicas*. Pero en Occidente diferentes pueblos godos: ostrogodos, visigodos, longobardos, y tantos otros, cruzaron sus ancestrales leyes con las romanas. En España Alarico formó un cuerpo legislativo que se atenía al romano: el *Breviario de Aniano*; mas Leovigildo, al afianzar su reino, regresó a las leyes del reino gótico (568) y recuperó las leyes de Eurico, leyes de los visigodos que fueron conocidas como *Fuero Juzgo*. Con la llegada de los árabes a la península, los resistentes hispano-godos empezaron a fijar constituciones y JA remite a los estudios de Lucas Cortés, Tomás Fernández de Mesa y del padre Burriel /Andrés Marcos Burriel (1719-1762), no sin olvidarse de honrar la legislación española de los reyes Jaime I de Aragón, que compila un código que contiene toda la legislación (1247), y la de Alonso / Alfonso X el Sabio, que emprendió la obra más vasta y universal y dio a luz las *Siete Partidas*, el código más completo, sabio y justo de su tiempo.

Continúa JA repasando las escuelas de Derecho más memorables: las escuelas de Berito, Constantinopla, Rávena, Bolonia y Florencia; y de los grandes profesores Burgundio, Bártolo y Baldo. Pero aquí se topa con los juristas escolásticos, que tantas veces nos ha salido al paso, cuyos textos están llenos de sofisticas sutilezas, citas falsas, inoportunas o mal aplicadas, discusiones gramaticales y dialécticas, palabras bárbaras, desorden y confusión. De esa ciénaga escolástica se saldrá con ayuda de los

filólogos, que hacen una labor de estilo, clarificación y orden de aquellos escritos, por lo que no es extraño encontrar al introductor a la verdadera jurisprudencia en el erudito Ángel Poliziano (1454-1494) y a tantos otros hombres que conocemos hoy como *humanistas*. Entre la lista de italianos, germanos, portugueses o franceses, menciona JA a nuestro Covarrubias / Diego de Covarrubias (1512-1577), «el sumo ápice del Derecho».

La primacía que tuvo Bolonia en las ciencias jurídicas pasa a Burdeos y, de allí, a Salamanca: Melchor de Valencia, «luz y columna de la Jurisprudencia» lo llama Suárez; Nicolás Fernández de Castro; Ramos de Manzano y su escuela, a la que se adhiere el americano Suárez de Mendoza; Nicolás Antonio, renombrado entre los juristas por su obra *Sobre el destierro*, tanto como por los bibliófilos por su *Biblioteca española*.

JA señala a Hugo Grocio (1583-1645) y a su sucesor Samuel Pufendorf (1632-1694) como los pioneros en la formación de un verdadero cuerpo del Derecho Natural y de Gentes. Realmente nos sorprende que no mencione al padre Francisco Vitoria; sin embargo cita a Marín / Joaquín Marín y Mendoza (1727-1782) que en los años en que escribe JA había publicado un ensayo de *Historia del Derecho Natural y de Gentes* (1776). Es cierto, en todo caso, que no olvida la jurisprudencia española que aportó honor a la escuela de Salamanca: Valero Díaz, Gonzalo Téllez, Hernández de Henestrosa, Chávarri y Eguía. Además cita a otros estudiosos eruditos como Puga y Feijóo, al eruditísimo Gregorio Mayans y al valenciano don José Burrull.

Pero el verdadero teatro de la jurisprudencia durante los siglos XVII y XVIII se había desplazado a Alemania a partir de Leibniz, reconocido filósofo de la modernidad, como ya vimos. Con esta mención cerramos nuestro repaso a la jurisprudencia, la *moral de las naciones*, y pasamos al tratamiento de las Ciencias Naturales. ☞